

Ernesto Laclau

LA RAZÓN POPULISTA

Prefacio

Este libro se interroga centralmente sobre la lógica de formación de las identidades colectivas. Nuestro enfoque parte de una insatisfacción básica con las perspectivas sociológicas que, o bien consideraban al grupo como la unidad básica del análisis social, o bien intentaban trascender esa unidad a través de paradigmas holísticos funcionalistas o estructuralistas. Las lógicas que presuponen estos tipos de funcionamiento social son, de acuerdo con nuestro punto de vista, demasiado simples y uniformes para capturar la variedad de movimientos implicados en la construcción de identidades. Resulta innecesario decir que el individualismo metodológico en cualquiera de sus variantes –incluida la elección racional– no provee tampoco ninguna alternativa al tipo de paradigma que estamos tratando de cuestionar.

El camino que hemos intentado seguir para tratar estas cuestiones es doble. Lo primero ha sido dividir la unidad del *grupo* en unidades menores que hemos denominado *demandas*: la unidad del grupo es, en nuestra perspectiva, el resultado de una articulación de demandas. Sin embargo, esta articulación no corresponde a una configuración estable y positiva que podríamos considerar como una totalidad unificada: por el contrario, puesto que toda demanda presenta reclamos a un determinado orden establecido, ella está en una relación peculiar con ese orden, que la ubica a la vez dentro y fuera de él. Como ese orden no puede absorber totalmente a la demanda, no consigue constituirse a sí mismo como una totalidad coherente. La demanda requiere, sin embargo, algún tipo de totalización si es que se va a cristalizar en algo que sea inscribible como reclamo dentro del “sistema”. Todos estos movimientos contradictorios y ambiguos implican las diversas formas de articulación entre lógica de la diferencia y lógica de la equivalencia, que discutimos en el capítulo 4. Como explicamos allí, la imposibilidad de fijar la unidad de una formación social en un objeto que sea *conceptualmente* aprensible conduce a la centralidad de la *nominación* en la constitución de la unidad de esa formación, en tanto que la necesidad de un cemento social que una los elementos heterogéneos – unidad que no es provista por ninguna lógica articuladora funcionalista o

estructuralista— otorga centralidad al *afecto* en la constitución social. Freud ya lo había entendido claramente: el lazo social es un lazo libidinal. Nuestro análisis se completa con una expansión de las categorías elaboradas en el capítulo 4 —las lógicas de la diferencia y la equivalencia, los significantes vacíos, la hegemonía— a una gama más amplia de fenómenos políticos; en el capítulo 5 discutimos las nociones de significantes flotantes y de heterogeneidad social, y en el capítulo 6, las de representación y democracia.

¿Por qué tratar estos temas en una discusión sobre populismo? La razón es la sospecha, que he tenido durante mucho tiempo, de que en la desestimación del populismo hay mucho más que la relegación de un conjunto periférico de fenómenos a los márgenes de la explicación social. Pienso que lo que está implícito en un rechazo tan desdeñoso es la desestimación de la política *tout court* y la afirmación de que la gestión de los asuntos comunitarios corresponde a un poder administrativo cuya fuente de legitimidad es un conocimiento apropiado de lo que es la “buena” comunidad. Éste ha sido, durante siglos, el discurso de la “filosofía política”, instituido en primer lugar por Platón. El “populismo” estuvo siempre vinculado a un exceso peligroso, que cuestiona los moldes claros de una comunidad racional. Por lo tanto, nuestra tarea, del modo como la hemos concebido, ha sido aclarar las lógicas específicas inherentes a ese exceso y afirmar que, lejos de corresponder a un fenómeno marginal, están inscriptas en el funcionamiento real de *todo* espacio comunitario. De este modo mostramos cómo, a lo largo de las discusiones sobre psicología de masas del siglo XIX, hubo una progresiva internalización de rasgos característicos de “la multitud” que al comienzo —por ejemplo, en la obra de Hyppolite Taine— eran vistos como un exceso inasimilable, pero que, como demostró Freud en *Psicología de las masas y análisis del yo*, son inherentes a la formación de toda identidad social. Esto lo desarrollamos en la primera parte del libro. Luego, en el capítulo 7 consideramos casos históricos que muestran las condiciones de emergencia de las identidades populares, mientras que en el capítulo 8 analizamos las limitaciones en la constitución de las identidades populares.

Una consecuencia de nuestra intervención es que el referente del “populismo” se vuelve borroso, pues muchos fenómenos que tradicionalmente no fueron considerados como populistas, en nuestro análisis caen dentro de esta calificación. Aquí reside una crítica potencial a nuestro enfoque, a la cual sólo podemos responder que el referente del “populismo” siempre ha sido ambiguo y vago en el análisis social. Basta con revisar brevemente la literatura sobre populismo —a la que hacemos referencia en el capítulo 1— para ver que está plagada de referencias a la vacuidad del concepto y a la imprecisión de sus límites. Nuestro intento no ha sido encontrar el *verdadero* referente del

populismo, sino hacer lo opuesto: mostrar que el populismo no tiene ninguna unidad referencial porque no está atribuido a un fenómeno delimitable, sino a una lógica social cuyos efectos atraviesan una variedad de fenómenos. El populismo es, simplemente, un modo de construir lo político.

Muchas personas, a través de su obra o de conversaciones personales, han contribuido a dar forma a mi enfoque sobre estos temas. No voy a intentar proveer una lista de ellas, pues sería siempre necesariamente incompleta. En todo caso, las deudas intelectuales más importantes son reconocidas a través de citas en el texto. Sin embargo, hay algunas que no puedo omitir aquí. Hay dos contextos dentro de los cuales estas ideas fueron discutidas durante años y que fueron particularmente fructíferos para el desarrollo de mi pensamiento: uno es el seminario de doctorado sobre Ideología y Análisis del Discurso en la Universidad de Essex, organizado por Aletta Norval, David Howarth y Jason Glynos; el otro es el seminario de posgrado sobre Retórica, Psicoanálisis y Política en el Departamento de Literatura Comparada, en la State University of New York en Buffalo, que organicé junto a mi colega Joan Copjec. Mis otras dos principales expresiones de gratitud son para Chantal Mouffe, cuyo aliento y comentarios a mi texto han sido una fuente constante de estímulo para mi trabajo, y para Noreen Harburt, del Centro de Estudios Teóricos de la Universidad de Essex, cuyo cuidado técnico en dar forma a mi manuscrito ha probado ser en ésta, así como en otras ocasiones previas, invaluable. Quiero finalmente agradecer el excelente trabajo de traducción llevado a cabo por Soledad Laclau.

Evanston, 10 de noviembre de 2004

)))

I. La denigración de las masas

1. Populismo: ambigüedades y paradojas (fragmentos)

El populismo, como categoría de análisis político, nos enfrenta a problemas muy específicos. Por un lado, es una noción recurrente, que no sólo es de uso generalizado, ya que forma parte de la descripción de una amplia variedad de movimientos políticos, sino que también intenta

capturar algo central acerca de éstos. A mitad de camino entre lo descriptivo y lo normativo, el concepto de “populismo” intenta comprender algo crucialmente significativo sobre las realidades políticas e ideológicas a las cuales refiere. Su aparente vaguedad no se traduce en dudas acerca de la importancia de su función atributiva. Sin embargo, no existe ninguna claridad respecto del *contenido* de tal atribución. Un rasgo característico persistente en la literatura sobre populismo es la reticencia –o dificultad– para dar un significado preciso al concepto. La claridad conceptual –ni qué hablar de definiciones– está visiblemente ausente de este campo. En la mayoría de los casos, la comprensión conceptual es reemplazada por la invocación a una intuición no verbalizada, o por enumeraciones descriptivas de una variedad de “rasgos relevantes” –una relevancia que es socavada, en el mismo gesto que la afirma, por la referencia a una proliferación de excepciones–. El siguiente es un ejemplo típico de las estrategias intelectuales que tratan el “populismo” en la literatura existente:

El populismo por sí mismo tiende a negar cualquier identificación con, o clasificación dentro de, la dicotomía izquierda/derecha. Es un movimiento multclasista, aunque no todos los movimientos multclasistas pueden considerarse populistas. El populismo probablemente desafíe cualquier definición exhaustiva. Dejando de lado este problema por el momento, el populismo generalmente incluye componentes opuestos, como ser el reclamo por la igualdad de derechos políticos y la participación universal de la gente común, pero unido a cierta forma de autoritarismo a menudo bajo un liderazgo carismático. También incluye demandas socialistas (o al menos la demanda de justicia social), una defensa vigorosa de la pequeña propiedad, fuertes componentes nacionalistas, y la negación de la importancia de la clase. Esto va acompañado de la afirmación de los derechos de la gente común como enfrentados a los grupos de interés privilegiados, generalmente considerados contrarios al pueblo y a la nación. Cualquiera de estos elementos puede acentuarse según las condiciones sociales y culturales, pero están todos presentes en la mayoría de los movimientos populistas.¹

Al lector no le resultará difícil ampliar la lista de rasgos relevantes de Germani o, por el contrario, mencionar movimientos populistas en los cuales varios de estos rasgos están ausentes. En ese caso, lo que nos queda es la imposibilidad de definir el término, una situación no muy satisfactoria en lo que al análisis social se refiere.

Quisiéramos, desde el comienzo, adelantar una hipótesis que va a guiar nuestra indagación teórica: que el *impasse* que experimenta la teoría política en relación con el populismo está lejos de ser casual, ya que encuentra su raíz en la limitación de las herramientas ontológicas actualmente disponibles para el análisis político; que el “populismo”,

¹ Gino Germani, *Authoritarianism, Fascism and National Populism*, New Brunswick, Nueva Jersey, Transaction Books, 1978, p. 88 [trad. esp.: *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*, Buenos Aires, Temas, 2003].

como lugar de un escollo teórico, refleja algunas de las limitaciones inherentes al modo en que la teoría política ha abordado la cuestión de cómo los agentes sociales “totalizan” el conjunto de su experiencia política. Para desarrollar esta hipótesis comenzaremos por considerar algunos de los intentos actuales de resolver la aparente insolubilidad de la cuestión del populismo. Tomaremos como ejemplos los primeros trabajos de Margaret Canovan² y algunos de los ensayos de un conocido libro sobre el tema compilado por Ghita Ionescu y Ernest Gellner.³

[...]

En busca de un enfoque alternativo

A partir de esta exploración rápida –y obviamente incompleta– de la literatura, podemos continuar ahora con la búsqueda de un enfoque alternativo que intente evitar los callejones sin salida que describimos antes. Para hacer esto debemos comenzar por cuestionar –y en algunos casos invertir– los presupuestos básicos del análisis que ha conducido a ellos. Debemos tomar en cuenta dos cuestiones básicas.

1. En primer lugar, debemos preguntarnos si la imposibilidad (o probable imposibilidad) de definir el populismo no proviene del hecho de haberlo descrito de tal manera que cualquier aprehensión conceptual del tipo de racionalidad inherente a su lógica política ha sido excluida a priori. Pensamos que, de hecho, esto es lo que ocurre. Si al populismo se lo define sólo en términos de “vaguedad”, “imprecisión”, “pobreza intelectual”, como un fenómeno de un carácter puramente “transitorio”, “manipulador” en sus procedimientos, etcétera, no hay manera de determinar su *differentia specifica* en términos positivos. Por el contrario, todo el esfuerzo parece apuntar a separar lo que es racional y conceptualmente aprehensible en la acción política de su opuesto dicotómico: un populismo concebido como irracional e indefinible. Una vez tomada esta decisión intelectual estratégica, resulta natural que la pregunta “¿qué es el populismo?” sea reemplazada por otra diferente: “¿a qué realidad social y política se refiere el populismo?”. Al ser privado de toda racionalidad intrínseca, el *explanans* sólo puede ser completamente externo al *explanandum*. Pero como al aplicar una categoría se asume que existe algún tipo de vínculo externo que

² Margaret Canovan, *Populism*, Londres, Junction Books, 1981. En este capítulo me estoy refiriendo sólo a este temprano estudio exhaustivo. En la segunda parte voy a hacer referencia al reciente trabajo de Canovan, que abre una nueva perspectiva.

³ Ghita Ionescu y Ernest Gellner (comps.), *Populism. Its Meaning and National Characteristics*, Londres, Macmillan, 1969 [trad. esp.: *Populismo, sus significados y características nacionales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1970].

justifica su aplicación, la pregunta generalmente es reemplazada por una tercera: “¿de qué realidad o situación social es *expresión* el populismo?”. A esta altura, el populismo está realmente relegado a un nivel meramente epifenoménico. Para este enfoque no hay nada en la *forma* populista que requiera explicación; la pregunta “¿por qué algunas alternativas u objetivos políticos sólo pudieron ser expresados a través de medios populistas?” ni siquiera surge. De lo único que estamos hablando es de los *contenidos* sociales (intereses de clase u otros intereses sectoriales) que expresa el populismo, mientras que permanecemos en tinieblas con respecto a las razones por las cuales ese tipo de expresión resulta necesario. Estamos en una situación similar a aquella que describe Marx en relación con la teoría del valor en la economía política clásica: ésta pudo demostrar que el trabajo es la sustancia del valor, pero no pudo explicar por qué esta sustancia subyacente se expresa a sí misma bajo la *forma* de un intercambio de equivalentes. En este punto generalmente quedamos con las alternativas poco aceptables que hemos revisado: o bien restringir el populismo a una de sus variantes históricas, o intentar una definición general que siempre va a ser limitada. En el último caso, los autores generalmente se vuelcan al frustrante ejercicio, al que ya nos referimos, de colocar bajo la etiqueta de “populismo” a un conjunto de movimientos muy dispares, sin decir nada acerca del contenido de esta denominación.

2. Sin embargo, un primer paso para apartarnos de esta denigración discursiva del populismo no es cuestionar las categorías utilizadas en su descripción –“vaguedad”, “imprecisión”, etcétera–, sino tomarlas en sentido literal, pero rechazando los prejuicios que están en la base de su desestimación. Es decir, en lugar de contraponer la “vaguedad” a una lógica política madura dominada por un alto grado de determinación institucional precisa, deberíamos comenzar por hacernos una serie de preguntas más básicas: “la ‘vaguedad’ de los discursos populistas, ¿no es consecuencia, en algunas situaciones, de la vaguedad e indeterminación de la misma realidad social?” Y en ese caso, “¿no sería el populismo, más que una tosca operación política e ideológica, un acto performativo dotado de una racionalidad propia, es decir, que el hecho de ser vago en determinadas situaciones es la condición para construir significados políticos relevantes?” Finalmente, “el populismo, ¿es realmente un momento de transición derivado de la inmadurez de los actores sociales destinado a ser suplantado en un estadio posterior, o constituye más bien una dimensión constante de la acción política, que surge necesariamente (en diferentes grados) en todos los discursos políticos, subvirtiendo y complicando las operaciones de las ideologías presuntamente ‘más maduras’?” Veamos un ejemplo.

Se dice que el populismo “simplifica” el espacio político, al reemplazar una serie compleja de diferencias y determinaciones por una cruda dicotomía cuyos dos polos son necesariamente imprecisos. Por ejemplo, en 1945, el general Perón adoptó una postura nacionalista y aseveró que la opción argentina era la elección entre Braden (el embajador estadounidense) y Perón. Y, como es bien sabido, esta alternativa personalizada tiene lugar en otros discursos mediante dicotomías como ser el pueblo vs. la oligarquía, las masas trabajadoras vs. los explotadores, etcétera. Como podemos ver, existe en estas tres dicotomías –así como en aquellas constitutivas de cualquier frontera político-ideológica– una simplificación del espacio político (todas las singularidades sociales tienden a agruparse alrededor de alguno de los dos polos de la dicotomía), y los términos que designan ambos polos deben necesariamente ser imprecisos (de otro modo, no podrían abarcar todas las particularidades que supuestamente deben agrupar). Ahora bien, si esto es así, ¿no es esta lógica de la simplificación y de la imprecisión, la condición misma de la acción política? Sólo en un mundo imposible, en el cual la administración hubiera reemplazado totalmente a la política y una *piecemeal engineering*,* al tratar las diferencias particularizadas, hubiera eliminado totalmente las dicotomías antagónicas, hallaríamos que la “imprecisión” y la “simplificación” habrían sido realmente erradicadas de la esfera pública. En ese caso, sin embargo, el rasgo distintivo del populismo sería sólo el énfasis especial en una lógica política, la cual, como tal, es un ingrediente necesario de la política *tout court*.

Otra forma de desestimar al populismo, como hemos visto, es relegarlo a la “mera retórica”. Pero como también hemos señalado, el movimiento tropológico, lejos de ser un mero adorno de una realidad social que podría describirse en términos no retóricos, puede entenderse como la lógica misma de la constitución de las identidades políticas. Tomemos el caso de la metáfora. Como sabemos, ésta establece una relación de sustitución entre términos sobre la base del principio de *analogía*. Ahora bien, como ya hemos mencionado, en toda estructura dicotómica, una serie de identidades o intereses particulares tiende a reagruparse como diferencias equivalenciales alrededor de uno de los polos de la dicotomía. Por ejemplo, los males experimentados por diferentes sectores del pueblo van a ser percibidos como equivalentes entre sí en su oposición a la “oligarquía”. Pero esto es simplemente para afirmar que son todos *análogos* entre sí en su confrontación con el poder oligárquico. ¿Y qué es esto sino una reagregación metafórica? De más está decir que la ruptura de esas equivalencias en la construcción de un discurso más institucionalista se

* *Piecemeal engineering* es un término técnico usado por Karl Popper que significa un cambio lento y gradual que excluye toda ruptura súbita. [N. de la T.]

desarrollaría a través de mecanismos diferentes, pero igualmente retóricos. Lejos de ser estos últimos “mera retórica”, son inherentes a la lógica que preside la constitución y disolución de *cualquier* espacio político.

Así, podemos afirmar que para progresar en la comprensión del populismo, es una condición *sine qua non* rescatarlo de su posición marginal en el discurso de las ciencias sociales, las cuales lo han confinado al dominio de aquello que excede al concepto, a ser el simple opuesto de formas políticas dignificadas con el estatus de una verdadera racionalidad. Debemos destacar que esta relegación del populismo sólo ha sido posible porque, desde el comienzo, ha habido un fuerte elemento de condena ética en la consideración de los movimientos populistas. El populismo no sólo ha sido degradado, también ha sido denigrado. Su rechazo ha formado parte de una construcción discursiva de cierta normalidad, de un universo político ascético del cual debía excluirse su peligrosa lógica. Pero desde este punto de vista, las estrategias básicas de la ofensiva antipopulista se inscriben en otro debate más amplio, que fue la *grande peur* de las ciencias sociales en el siglo XIX. Me refiero a la discusión general sobre “psicología de las masas”. Este debate, que es paradigmático para nuestro tema, puede considerarse en gran medida como la historia de la constitución y disolución de la frontera social que separa lo normal de lo patológico. Fue en el curso de esta discusión que se establecieron una serie de distinciones y oposiciones que operarían como una matriz sobre la cual se organizó una perspectiva general sobre fenómenos políticos “aberrantes”, que incluían al populismo. Nuestro punto de partida va a ser la consideración de esta matriz. Vamos a comenzar con el análisis de un texto clásico que estuvo en el epicentro de esta historia intelectual. Me refiero a *Psychologie des foules (Psicología de las multitudes)*, de Gustave Le Bon.